

les y políticas que sacuden el país antes de la victoria electoral de Cory Aquino. Hurt intenta escapar a la fuerza vital de Infanta, pero, atraído por el poder de seducción de un mundo contradictorio, vuelve siempre fatalmente al encuentro de su destino.

La esposa del dios del fuego

Amy Tan

Traducción de Jordi Fibla

Tusquets Editores

Amy Tan, que nació en Oakland, California, se graduó en lingüística. Con *El club de la buena estrella*, publicada en esta misma editorial, tomó por sorpresa a la crítica norteamericana. Esta es su segunda novela. Durante más de cincuenta años Winnie y Helen ocultaron sus peores secretos, pero cuando Helen está a punto de morir, Winnie decide contarle todo a su hija Pearl, incluso la terrible verdad que ignora la propia Helen. Así despega esta historia que nos conduce desde Shanghai en los años veinte, a través de una China envuelta en guerras, hasta Estados Unidos, adonde llega Winnie en 1949. Ignorando que Pearl oculta también su propio secreto, Winnie le confiesa cómo confundió el amor con el abandono de sí misma. Explica por qué la lealtad no debería confundirse con el sometimiento. Comenta qué puede ocurrir cuando la esperanza ya no es sino instinto de supervivencia. Se plantea también por qué no es posible, y a veces necesario, vivir una vida llena de contradicciones. Winnie mezcla en su relato tabúes sociales, historias de ancianas esposas y de guerras, en definitiva un largo aprendizaje personal.

J. M.

Mozart. Sociología de un genio

Norbert Elias

Traducción de Marta Fernández-Villanueva y Oliver Strunk

Península, Barcelona, 1991, 154 páginas

Desde 1980, Norbert Elias (1897-1990) trabajaba en este libro sobre Mozart que, inconcluso y póstumo, fue editado por Michael Schröter. Se trata de una aproximación sociológica al personaje Mozart y a su obra, ba-

sada en un par de supuestos: que Mozart fue un genio en una sociedad para la cual los genios no existían (según iba a ocurrir, positiva o negativamente, a partir del romanticismo); y que Mozart pertenecía, a partir de la familia paterna, a la burguesía que ansiaba acceder a la nobleza a través de la carrera burocrática.

La síntesis de este conflicto es la obra de un artista que produce una música, en parte, integrada en el clasicismo cortesano y, en parte, se emancipa de él y se torna militantemente contraria a la aristocracia. Los dramas heroicos con déspotas razonables y ejemplares se contraponen a la sátira antinobiliaria de *Las bodas de Fígaro* y *Don Juan*, y al humanismo igualitario de *La flauta mágica*.

Paralelamente a este drama social y estético, se desarrolla la historia personal de Mozart a través de la relación con su padre, que es el impulsor y el empresario de la carrera de Wolfgang Amadeus. La reacción del músico contra el modelo burocrático ennoblecedor de la burguesía trepadora y cortesana, es también una reacción contra su padre, que culmina cuando Mozart se casa con una muchacha ajena a los planes familiares.

Elias, pues, se ve obligado a desplazarse con pericia por una compleja trama de circunstancias, que hacen a la historia, a la evolución de la música y al psicoanálisis. Aún la coprolalia de Mozart, que aparece en tantos momentos escatológicos de su correspondencia, es leída como una agresión contra las normas de la decencia, encarnadas por un padre que, nacido en una familia de encuadernadores, proyecta triunfar en la antecámara y el salón.

Elias, uno de los grandes historiadores del siglo, se mueve con agudísima inteligencia entre tantas sugerencias como él mismo ha aceptado, y supera el peligro de caer en el sociologismo en que incurren otros colegas (ejemplo: Kracauer sobre Offenbach), dejándonos una obra acuciante y distraída, propia de un maestro.

Conversaciones con Igor Stravinsky

Robert Craft

Traducción de José María Martín Triana

Alianza, Madrid, 1991, 209 páginas

Craft, amigo y colaborador de Stravinsky en las últimas décadas de su vida, formuló una doble batería de preguntas que el maestro contestó meditada y cuidadosamente, y que aquí aparecen reunidas en un solo texto. Aunque no tiene un carácter exhaustivo, el orden cronológico permite leerlo como una suerte de autobiografía intermitente, mechada de reflexiones, que complementa unos textos del músico antes conocidos, como *Autobiografía y Poética musical*.

Stravinsky no sólo es, obviamente, uno de los primeros músicos contemporáneos, primero por importancia y por precedencia temporal, sino un hombre memorioso, de sólida formación cultural (véanse sus opiniones sobre pintores y sus cuidadosas lecturas de Valéry y Ortega) y un analista de sí mismo muy penetrante. Tenemos, pues, su novela familiar, la frialdad de sus padres y su desvinculación de los hermanos, el hallazgo de una figura paterna en Rimsky-Korsakov, y su actitud inteligentemente dual ante la historia de la música, que le sirve para desmarcarse de ella, pero no para anularla ni prescindir, como ocurre con tantos «revolucionarios» semanales. Prueba de esto será su período neoclásico.

El maestro ruso nos deja semblanzas agudas y ácidas de sus contemporáneos, corrige algunos juicios demolidores sobre maestros del pasado (ejemplo: Giuseppe Verdi), cuenta la historia de sus obras y culmina sus reflexiones aceptando una batería de preguntas de Craft acerca del proceso creador, el valor del genio, la sinceridad en arte, la relación de la idea musical con la notación, de la música y las matemáticas, el tratamiento de textos literarios en la música, etc.

Quien quiera estudiar la obra de Stravinsky hallará en este libro algunas precisiones documentales muy interesantes, a partir de numerosas cartas transcritas al hilo de los diálogos y de muchos detalles emergentes de la colaboración con Diaghilev y con su equipo, así como con escritores de la época, Gide y Auden en primer término. El lector profano hallará, a rachas, la historia de una vida narrada por una memoria.

Sucesos de historia literaria y civil

Leonardo Sciascia

Traducción de Esther Benítez

Alianza, Madrid, 1991, 241 páginas

Sciascia fue un siciliano de dentro y de fuera. Casi todo lo que escribió tiene referentes sicilianos, pero el hecho de que se valiese del italiano para escribir le dio una dimensión de objetividad y distancia, proclive a una actitud a la vez afectuosa y crítica. Sciascia dividía las islas entre dominadoras, como Inglaterra, y dominadas, como Sicilia. El se consideraba, al tiempo, un dominado, por nacimiento, y un dominador, por vocación de conquista literaria.

En esta miscelánea el hilo rojo está dado por personajes y lugares de Sicilia. A lo largo del tiempo, Sciascia se ha sentido regularmente llevado a explorar rincones, a reconstruir escenas, a revolver viejas bibliotecas y librerías de lance en busca de resquicios poco frecuentados, decisivos si no muy vistosos, de la historia siciliana.

Así desfilan desde nombres notorios (Pirandello, Lampedusa, Stendhal, d'Annunzio y su amante Elena Sangro, Longanesi, Verga), hasta figuras curiosas y poco favorecidas por la memoria histórica, entre el zapatero de Messina y el «barón de los villanos».

En estos meandros de la crónica, de tamaño periodístico, late la constante preocupación sciasciana por la identidad, diseñada en la pregunta inicial que comenta, a su vez, una pregunta de Montesquieu respecto a los persas del barroco: «¿Es que se puede ser siciliano?» Notas del ser nacional, a la manera más ingenua romántica, afirman algo que otorga a cualquier lugareño de provincias una credulidad sempiterna: si ya Cicerón definía a los sicilianos es porque hemos durado mucho y habremos de durar mucho más.

De près et de loin. Deux ans après

Claude Lévi-Strauss

Didier Eribon. Points, 1991, 269 páginas

En 1988 y 1990, Lévi-Strauss concedió estas largas entrevistas, tal vez para celebrar su entrada en los ochenta de su vida y hacer un balance de experiencia anecdótica y obra. Aquí hay de todo, aunque ordenado a la francesa: datos personales, tareas, opiniones, recapacitación, retratos al paso. Aparte de lo documental, lo más precioso del libro es el cúmulo de reflexiones sintéticas que Lévi-Strauss hace sobre sí mismo, lo cual equivale a un auto-

examen panorámico de una obra señera en el pensamiento contemporáneo.

Lévi-Strauss cree que «el cosmos y el lugar del hombre en el universo superan y siempre superarán a nuestra comprensión», lo cual es una declaración de escepticismo metafísico. Por ello, el hombre ha de pensar en términos planetarios, sabiéndose mortal y previendo que la Tierra habrá de acabar alguna vez, destruyéndose toda la obra humana. En un universo inconmesurable, el pensamiento se cuestiona a sí mismo y desaparece como tal. Véase el doble juego acerca de la historia y el progreso: si acotamos el campo, es posible pensar una acumulación evolutiva. De otra manera, el progreso se convierte en un mito providencialista. Existe porque el Creador es infinito y todopoderoso y ha impregnado a su creación de unos designios claros y unívocos.

A menudo, Lévi-Strauss ha sido atacado como enemigo de la historia y una célebre polémica con Sartre (que el viejo Lévi-Strauss dice haber olvidado) lo prueba. En rigor, Lévi-Strauss ataca a la historia como mito, es decir, como sistema de leyes abstractas, como filosofía de la historia. Pero no la niega en tanto espacio de la contingencia absoluta, un proceso imprevisible que se interpreta solamente *après-coup*. Para ello, la filosofía colabora en tanto saber de los saberes de una época, epistemología de las ciencias particulares. Lévi-Strauss se advierte, aquí, discípulo de un positivismo que intenta eliminar toda metafísica. Interesante, en este orden, es ver que nuestro etnólogo no considera científicas, sino nominalmente, a las llamadas ciencias humanas o sociales, ya que en ellas los niveles de observación se excluyen y no se complementan. Ello se debe a la enorme cantidad de variables y, sobre todo, a la dialéctica sujeto-objeto, ya que el sujeto de las ciencias «sociales» está concernido e incorporado al objeto que estudia.

También cabe subrayar la crítica que Lévi-Strauss dirige al estructuralismo, tan caro a él, en tanto abuso de una etiqueta para satisfacer una moda en el «bulímico» París cultural. Nada mejor que una aclaración de fuentes y maestros para poner las cosas en orden.

Lévi-Strauss es estructuralista en tanto Roman Jakobson (admirado hasta el deslumbramiento) le revela la lingüística y las inconscientes leyes del lenguaje. A partir de allí, con apelaciones a Saussure y a la lingüística estructural, se usan modelos lingüísticos en ciencias so-

ciales, por ser los más certeros y elaborados. Lévi-Strauss se siente ligado más a Benveniste, Dumézil y Vernant que a los llamados estructuralistas como Barthes, Foucault y Lacan (al cual no entiende porque no lo ha leído las cinco o seis veces de rigor).

De Kant toma Lévi-Strauss lo inalcanzable de lo real. De Marx, el uso de los modelos para el estudio de la historia y la consciencia como el lugar donde siempre se miente. De la escuela francesa, las invariantes como elementos de la larga duración. De Freud, la coexistencia de la cultura civilizada con nuestro pasado primitivo o salvaje. En definitiva: Lévi-Strauss nunca ambicionó fundar una filosofía, como hicieron los estructuralistas. Por eso, el estructuralismo es pasado y Lévi-Strauss, insistencia. Es, quizá, lo que lo aleja de Sartre, un hombre de genio que se equivocó al querer convertirse en protagonista y profeta de la historia.

En Sartre, Lévi-Strauss critica cierta herencia del racionalismo revolucionario francés, a partir de la revolución como el mito fundante de la Francia moderna. El error consiste en hacer creer a la gente que los fundamentos de la sociedad son abstractos y que los individuos son átomos que cumplen leyes y programas teóricos. Por el contrario, Lévi-Strauss considera que la sociedad se funda en relaciones concretas y en pequeñas solidaridades que aparecen en las asociaciones inmediatas y los «cuerpos intermedios».

Tal vez en esto, Lévi-Strauss ha exagerado y lo reconoce: ha buscado, obsesivamente, la supervivencia de lo arcaico en lo contemporáneo, se ha concentrado abusivamente en las pequeñas comunidades tradicionales, impregnadas de ritos y valores repetitivos. Le preocupó más lo inexistente que lo actual (por ejemplo, el enigma de una América prehispánica de la que nada sabemos porque fue conocida por Europa en un estado decadente).

Pero ello le ha permitido relativizar el estudio de las culturas y hacer proliferar los modelos de análisis, desdénando el eurocentrismo exclusivista, que toma como modelo universal algo circunstancial y limitado a unos pocos siglos de historia. En cualquier caso, contra el tópico, Lévi-Strauss admite que toda cultura es plural y resulta de invasiones y mezclas, que la vuelven fecunda. Desde luego, no hay que confundir encuentro con arrasamiento.